

ses prisioneros. Maximiliano contestó:—«Estoy muy satisfecho de ellos: han cumplido con su deber. Deseo que se sepa en Europa». Después habló de sus medios de defensa. Forest le comunicó que Dano deseaba que evitara todo lo que pudiera ser tomado por una recriminación, porque éstas serían inútiles.—«El Sr. Dano tiene razón. Decidle que hasta hoy, tengo derecho de repetir la frase de uno de vuestros reyes: «Todo se ha perdido, menos el honor». Después de mi muerte, eso se podrá decir de mí, porque no permitiré que se haga nada contra mi honor ni contra mi dignidad. En el fondo de mi corazón no hay hiel ni amargura». Y como Forest tratase de justificar la conducta de Francia y sus consejos cuando se había convenido de la imposibilidad de fundar en México un imperio, Maximiliano le interrumpió repitiendo con vehemencia:—«No hay en el fondo de mi corazón ni hiel ni amargura».

La entrevista había durado hora y media; Maximiliano parecía fatigado y Forest quiso retirarse.—«No, no os vayáis; las horas que se pasan en prisión son muy largas. Me es grato conversar un poco». Y habló de diversos asuntos; de México, de sus ministros, de las simpatías que le manifestaban los habitantes de Querétaro. Dijo también:—«Quiero á los franceses: fuí educado por una francesa.» Pero no pronunció el nombre del emperador Napoleón ni el de Francia. Por último, Forest observó que su semblante denotaba un vivo sufrimiento y que hacía penosos esfuerzos para dominarse, y se levantó, suplicándole que le permitiera volver.—«Sí, sí, venid diariamente, como vienen los ministros de Prusia, de Austria y de Bélgica: tengo muchas cosas que deciros».

XI

Al día siguiente, 13 de junio, á las nueve de la mañana comenzó el proceso en el teatro Iturbide. El patio, reservado á los espectadores, estaba sumergido en la obscuridad; el escenario, bien iluminado, representaba un salón con una columnata y una fuente brotante. A la derecha, se veían tres mesas y detrás nueve sillas; al frente, tres toscos banquillos, el del centro,

más bajo, para el emperador, y sillones para los abogados. El público se componía de trescientos espectadores, casi en su totalidad militares. Instalóse el consejo de guerra presidido por el coronel Platón Sánchez, quien tenía á su derecha al fiscal y á tres vocales, y á su izquierda al secretario y á los otros tres vocales, que eran todos muy jóvenes. Entraron Mejía y Miramón rodeados por un pelotón de soldados y seguidos por sus defensores. Los soldados, con las armas vueltas hacia los reos, se formaron en semi-círculo detrás de sus oficiales, que tenían la espada en la mano.

Miramón tomó una actitud soberbia y altanera, como si desafiara á sus jueces; Mejía, agobiado por el dolor, aunque sin ningún desfallecimiento moral, inspiraba piedad: su posición era incómoda, porque su banquillo era demasiado elevado y sus piernas, demasiado cortas, no le permitían apoyarse en el suelo. Sin embargo, cuando el presidente le preguntó su nombre,—«Demasiado lo sabes» le contestó. Leída el acta de acusación, su abogado, Próspero Vega, se levantó y leyó con voz monótona su defensa. Cuando ésta terminó, Mejía, á quien preguntó el presidente si nada tenía que agregar á lo dicho por su defensor, contestó con un ademán negativo y se retiró seguido por un piquete de soldados. En seguida, los licenciados Jáuregui, de San Luis Potosí, y Ambrosio Moreno, de Querétaro, leyeron sus defensas de Miramón. Había llegado el turno de Maximiliano. Un comisario del gobierno fué á la prisión y regresó después de haberse cerciorado de que el estado de su salud no le permitía asistir á la audiencia. Entonces se concedió la palabra á sus defensores, quienes hablaron hasta las nueve de la noche.

A las cuatro de la tarde, mientras hablaba uno de los defensores de Miramón, el barón de Lago fué al teatro en busca de Forest. Ambos se pusieron á pasear en la plaza, para poder hablar sin ser oídos. El barón de Lago dijo.—«La fuga del emperador está concertada para esta noche. A las diez será conducido á la capilla: le custodiará el regimiento del coronel Palacios y hará el servicio nocturno el coronel Villanueva. Ambos oficiales han consentido en salvarle si se les dan cien mil pesos á cada uno. Aquí traigo libranzas firmadas por el emperador. Pero exigen que las firmemos también Hoorrichs, Curtopasi y yo, y además que llevemos esta noche á casa de la

princesa de Salm-Salm, que está al corriente de todo, ocho mil pesos en oro, para distribuirlos entre los soldados. El emperador os ruega que le acompañéis. Será preciso que os encontréis cerca de la capilla. Seis caballos ensillados esperarán en un casa vecina. Esta noche, en casa de la princesa, se os darán más detalles».

Forest contestó que los ocho mil pesos estaban á disposición del emperador; que se encontraría en el lugar indicado y estaba listo á prestar en todo su ayuda; pero que el proyecto era insensato. Y suplicó al barón de Lago que, sin perder un momento, volviera á ver al emperador y le hiciera saber: que el motivo que se alegaba para precipitar la fuga no era atendible, puesto que la sentencia no sería pronunciada hasta el día siguiente por la noche; que la princesa era espiada por algunos traidores y que llevar el oro á su casa era descubrir el complot, y finalmente, que si los coroneles Palacios y Villanueva eran leales al ofrecer su concurso, debían exponer su proyecto y sujetarlo á discusión.

Forest y el barón de Lago fueron en seguida á comunicar estos acontecimientos á Hoorrichs y Curtopasi y á pedirles que firmaran las libranzas. El belga y el italiano juzgaron también que el plan era quimérico, que el emperador había caído en una trampa y se negaron á firmar las libranzas y aun rogaron al barón que retirara su firma. Como éste se rehusara, uno de ellos tomó unas tijeras y cortó el pedazo de papel en que estaba dicha firma. El barón se dirigió entonces violentamente al convento de Capuchinas y enseñó al emperador las libranzas mutiladas. Maximiliano se enfureció, dijo que los ministros hacían mal en dudar, que estaba seguro de los coroneles y que era preciso no desaprovechar su buena voluntad. Sin embargo, renunció á que las libranzas fuesen firmadas por los ministros, esperando que bastaría su sola firma, y sólo suplicó que se llevara al día siguiente al medio día, á casa de la princesa, la mayor suma de dinero que se pudiera conseguir; porque los coroneles eran demasiado orgullosos para ofrecer su cooperación: tocaba á los amigos de Maximiliano obtenerla.

Al día siguiente, 14 de junio, Hoorrichs y Curtopasi se dirigían hacia el local en que continuaba el proceso, cuando el coronel Dávalos les invitó á que volvieran sobre sus pasos y le siguieran. Pasaron frente al hotel en que se alojaban el barón

de Lago y su agregado Tabera, y les divisaron escoltados por otro oficial. Todos fueron llevados á la presencia de Escobedo, que les dijo brevemente:—«Hé aquí un pasaporte colectivo: salid inmediatamente de la ciudad»—«Dadnos siquiera dos horas»—«No, es preciso partir inmediatamente». Se les hizo subir á un carruaje y en el momento en que el cochero iba á azotar á los caballos, Dávalos les dijo en voz baja:—«Señores, si regresáis á esta ciudad antes de tres ó cuatro días, os costará la vida» (1).

La princesa de Salm-Salm fué llamada á su vez. Escobedo le dijo:—«Señora mía: El clima de Querétaro es muy malsano; hay aquí mucho tifo. Si estuviera en vuestro lugar, si gozara de vuestra libertad, yo me iría. Eso es lo que os conviene desde todos los puntos de vista, y yo deseo que partáis dentro de dos horas». Pero el oficial que la acompañó hasta su casa, no la concedió más que diez minutos. Fué conducida á Santa Rosa, al pie de la Sierra Gorda, y de ahí, puesta en libertad, ganó San Luis Potosí. El Príncipe de Salm-Salm, separado de los demás oficiales imperialistas, fué encarcelado y vigilado estrictamente.

Uno de los coroneles que, en efecto, habían escuchado y hasta aparentado acoger favorablemente los ofrecimientos de la princesa, el coronel Palacios, los había revelado á Escobedo.

XII.

Continúo el proceso. Se oyeron la requisitoria y las réplicas. Los defensores insistieron en la incompetencia y, en el fondo, reprodujeron ideas, expresadas por Maximiliano en una pequeña nota que era, en resumen, una recriminación contra Francia. «Lejos de haber sido su instrumento, decía esa nota, entré en lucha con ella desde que llegué. Mi primer ministerio, el de Ramírez, era antifrancés y sostuvo la integridad del territorio, negándose á la cesión de Sonora. No vine como usurpador sino como elegido de la nación y mi sola ambición era hacerla feliz. No tuve participación ninguna en las cortes marciales de

1 Informe de Forest á Dano.—NOTA DEL AUTOR.

los franceses, que me acusaban de ser demasiado clemente. Mis ministros han sido liberales y han imitado á Juárez. Luego que pude sustraerme á la opresión francesa, me apresuré á revocar la ley de 3 de octubre, de la cual algunos artículos me fueron dictados por el mismo mariscal Bazaine. Permanecí en México después de la partida de los franceses, para realizar mi idea de convocar un congreso, en tanto que aquéllos deseaban les siguiera para celebrar arreglos pecuniarios y entrar en tratados con González Ortega. Mi perseverancia ha salvado al país. llamé entonces á Márquez por razones de economía, pero no llamé á Miramón. En 1865, antes de la traición de los franceses y de la intervención de los Estados Unidos, yo gobernaba en casi todo el país, y siempre juzgué honrosa la constancia de Juárez, quien no podrá encontrar, en la multitud de leyes y decretos que expedí, una sola palabra que hiera su reputación. Por último, el fracaso de mi empresa sólo puede demostrar la vitalidad del sentimiento republicano en México, pero nunca que yo haya cometido algún crimen».

Con respecto á la incompetencia, el acusador encontró una respuesta fácil. «Cuando creísteis, díjole, que Juárez iba á caer en vuestras manos, disteis orden á Miramón de que le hiciera condenar á muerte por un consejo de guerra. Aceptad, pues, ahora, la suerte que le teníais preparada». Sus otras respuestas no eran menos sólidas: «Es cierto que en los últimos momentos revocasteis la ley de 3 de octubre, pero ello fué demasiado tarde, después de haberla aplicado cruelmente en varias ocasiones. ¿Cómo habéis podido creer que las actas de adhesión falsificadas que os fueron presentadas en Miramar, expresaban la voluntad del pueblo? En todo caso, después de la partida de los franceses, cuando todo el país, con excepción de cuatro ciudades, había vuelto al poder de los republicanos, no podíais conservar tal ilusión, y sin embargo, habéis continuado la guerra por vuestra propia cuenta. ¿Decís que lo hacíais para preparar un arreglo? Los arreglos no se preparan á tiros. Habéis sido aprehendido con las armas en la mano; estáis bajo el dominio de la ley».

El consejo de guerra se declaró competente y pronunció á las once de la noche sentencia de muerte contra los tres acusados. El 16, á las once de la mañana, el coronel Palacios fué á notificarles la sentencia, comunicándoles que serían eje-

cutados el mismo día, á las tres de la tarde. El emperador le escuchó sonriendo tranquilamente y dijo al Dr. Basch: «Nos quedan tres horas: me bastan para arreglar mis asuntos». A las tres, los condenados esperaban en el umbral de sus celdas; pero sonó la hora, transcurrieron algunos minutos y nadie iba á buscarles. A las cuatro, se presentó Riva Palacio con un papel en la mano. ¿Era el perdón? No: era simplemente una orden de aplazamiento. La ejecución debía verificarse el 19 á las siete de la mañana.

Habiendo recibido por telégrafo noticia de la condena y de la hora en que debía ser ejecutada, los defensores de Maximiliano se habían dirigido á Lerdo de Tejada pidiendo gracia entre lamentos y lágrimas. El barón Magnus, que les acompañaba, pedía que, cuando menos, se aplazara algunos días la ejecución para que Maximiliano pudiese arreglar sus asuntos. Lerdo había escuchado las súplicas, había entrado al gabinete en que estaba Juárez con sus otros ministros y había salido tres cuartos de hora después, llevando en la mano una orden que iba á ser transmitida por telégrafo. Esa orden, dirigida al general Escobedo, decía: «Los defensores de Maximiliano y de Miramón han pedido el indulto de los condenados. El gobierno se ha negado á concederlo; pero, con objeto de que tengan tiempo para arreglar sus asuntos, el presidente de la República ha resuelto que la ejecución se verifique el miércoles 19 por la mañana». Lerdo añadió con voz conmovida:—«Con indecible pena ha tomado el gobierno esta resolución, que considera como una garantía de tranquilo porvenir para el país. La justicia y el interés público lo exigen. Si el gobierno comete un error, no se lo inspira la pasión: nuestra conciencia nos dicta la negativa que oponemos á vuestra solicitud». Era la una de la tarde. Por su parte, Escobedo, por un último escrúpulo, había retardado la ejecución; que, si no, el telegrama habría llegado demasiado tarde. Magnus habría querido que la ejecución se aplazara hasta el 21, pero habíase parecido inhumano prolongar tanto aquella agonía. Se puso á disposición del ministro de Prusia una diligencia especial que le condujera á Querétaro, de manera que llegara oportunamente para tener con Maximiliano una suprema entrevista.

Juárez y sus ministros estaban convencidos de que el indulto de Maximiliano prolongaría la guerra civil; porque, por más que empeñara su palabra, no podría el príncipe resistir á las

instancias de sus partidarios y volvería á intervenir en los asuntos de México. Antaño se había perdonado la vida á Iturvide, y había vuelto y había sido preciso fusilarle. El archiduque no obraría con más prudencia: hablaría, escribiría, constituiría un foco permanente de intrigas. Y la clemencia no sería considerada como hija de la generosidad, sino de la debilidad; porque era contrario á la justicia que regresara á su país tranquilamente, para solazarse bajo las umbrosas avenidas de Miramar, aquél que, sin ningún derecho, había ensangrentado á México durante tantos años. Aunque el gobierno lo hubiese querido, no habría tenido posibilidad material de salvar á Maximiliano; porque si lo hubiese hecho, el grito de ¡Traición! habría resonado por todas partes y habría sido ese gobierno derribado, y la guerra civil, próxima á terminar, habría continuado con más violencia. En el ejército, las pasiones se habían exacerbado, en efecto, de una manera extraordinaria. Tanto en Querétaro como en México, las tropas estaban exasperadas. Porfirio Díaz, que era el jefe republicano que personificaba la moderación, había escrito á Juárez: «Si se indulta á Maximiliano, no podré dominar á mis soldados». De Tacubaya Forrest escribió más tarde á Dano: «Se nos engañaba cuando se nos presentaba á los jefes militares republicanos como dispuestos á solicitar el indulto de Maximiliano. En todos los campamentos los oficiales pedían su cabeza y la de todos los que se habían adherido al imperio, sin distinción de categorías, y siguen haciendo alarde de un odio implacable contra los extranjeros, especialmente contra los franceses. Irritados por la nota del Sr. Campbell, hablan de arrojar el guante á los Estados Unidos por haber tenido la audacia de pedir que se dejara la vida al archiduque austriaco. En resumen, en palabras sanguinarias el desenfreno llega á la estravagancia y el orgullo llega á la demencia» (1). En el comedor del hotel de diligencias de Querétaro se encontraban unos quince oficiales superiores, y un teniente-coronel del estado mayor de Escobedo había dicho: «Sería bueno que el cuerpo de Maximiliano fuera dividido en varios trozos y enviado uno á cada ciudad de México». En las casas particulares en donde los franceses eran benévolamente acogidos, habían oído á los militares mexicanos que las visita-

1 31 de agosto de 1867.—NOTA DEL AUTOR.

ban, expresarse como energúmenos que recordaban los peores días de la Revolución (1). Los periódicos habían reproducido las cartas desgarradoras escritas por los generales Arteaga (2) y Salazar (3), fusilados en virtud del decreto sanguinario de Maximiliano, por el crimen de haber defendido á su patria contra la invasión extranjera.

En el estado de tensión en que esta atroz guerra civil mantenía los ánimos, fusilar ó ser fusilado era considerado como un acto natural de la existencia y no inspiraba horror ninguno. Hé ahí cómo hombres de un carácter humano, ajenos á la cólera y al odio, se creyeron obligados á resistir á los impulsos de la piedad y del enternecimiento, para mostrarse ferozmente inflexibles.

XIII

Desde el 6 de abril, los Estados Unidos habían exhortado al gobierno mexicano á que tratase á Maximiliano; en caso que fuese hecho prisionero, con la humanidad con que las naciones civilizadas tratan á los prisioneros de guerra. Lerdo de Tejada ha-

1 Informe de Forest á Dano.—NOTA DEL AUTOR.

2 «Madre mía adorada: He sido hecho prisionero el 13 de este mes por las tropas imperialistas y mañana seré fusilado. Le ruego á usted, mamá, que perdone todo el mal que le he hecho durante el tiempo en que he seguido la carrera militar contra su voluntad. Mamá, á pesar de todos mis esfuerzos para ayudarles, les envié en abril último todo aquello de que podía disponer. Pero Dios está con nosotros y no permitirá que perezcan ni usted ni mi hermana Trinidad, la yanquita. Mamá, no deje nada más que mi nombre sin mancha, porque no he tomado jamás nada que no me perteneciera. Espero que Dios me perdone mis pecados y me reciba en su santa gloria. Muero como cristiano y les digo adiós á todos: á usted, á Dolores, á toda la familia. Su hijo obediente.—NOTA DEL AUTOR.

3 Madre adorada: Son las siete de la noche, y el Gral. Arteaga, el coronel Villagómez, otros tres jefes y yo acabamos de ser condenados á muerte. Mi conciencia está tranquila: bajo á la tumba á los treinta y tres años, sin mancha en mi carrera militar ni en mi nombre. No lllore usted; tenga valor; porque el único crimen de su hijo es haber defendido la causa santa de la independencia de su país. Por eso voy á ser fusilado. No tengo dinero, porque nada he podido economizar y nada les dejo;

bía contestado con altivez, que México, habiendo reconquistado su autonomía, no tenía que recibir órdenes ni consejos, y que si la persona á quien se recomendaba caía entre las manos de la nación, ésta no podría considerarla como un simple prisionero de guerra, porque sus crímenes estaban bien definidos por el derecho de gentes y por las leyes de la república. Francisco José, sin embargo, después de haber devuelto á su hermano sus derechos de agnación, como garantía de su renuncia de la corona de México, encomendó á su representante en Washington que solicitara de los Estados Unidos que hiciesen una nueva tentativa en favor de los condenados. Los gobiernós francés é inglés se unieron al austriaco, y el 1.º de junio Seward telegrafió á Campbell, su agente en Veracruz: «Dirigíos inmediatamente al lugar en que reside Juárez, é instadle para que sea clemente con Maximiliano y, si es posible, también con los otros prisioneros». Campbell, que proveía una rotunda negativa, prefirió dar su dimisión á hacer lo que se le ordenaba. El destino del infeliz Maximiliano iba, pues, á cumplirse.

El barón Magnus llegó á Querétaro la noche del 17, y vió á Maximiliano el 18 al medio día, y después en la noche para recibir sus últimas instrucciones. Todavía hizo un postrer esfuerzo y telegrafió á Lerdo: «Llegué hoy aquí y me consta que los tres condenados están moralmente muertos y que todo el mundo como muertos les considera, puesto que, después de haber tomado todas sus disposiciones para morir, esperaron, minuto por minuto, durante una hora, que se les llevase al lugar del suplicio. Las costumbres de nuestra época no permiten que, después de haber sufrido esta horrible tortura, se les haga morir por segunda vez. En nombre de la humanidad, en nombre del cielo os conjuro que ordenéis que no se les quite la vida!»

Dios les ayudará á usted y á mis hijos, que se sentirán orgullosos de llevar mi nombre. Gufe usted á mis hijos y á mis hermanos por el camino del honor. El cadalso no mancha el nombre de un patriota. Adiós, madre querida, bendiga usted mi tumba. Dé usted un abrazo de mi parte á mi tío Luis y muchos besos á Tecla, Lupe é Isabel, lo mismo que á Carmelita, á Cholita y á Manuelito. Les mando á todos un adiós del fondo del corazón. Lego al primero mi reloj de plata y á Manuel mis cuatro vestidos. Afectuosos recuerdos á mis tíos, tías y primas, así como á todos los amigos y patriotas, y reciba usted el último adiós de su obediente hijo que la quiere mucho. —NOTA DEL AUTOR.

Maximiliano, por su parte, telegrafió á Juárez: «Deseo que se conceda la vida á Miramón y á Mejía, que sufrieron antier todos los dolores y todas las amarguras de la muerte, y que sea yo la única víctima, como lo pedí en el momento en que fui hecho prisionero» Lerdo contestó confirmando la orden de que fuese al día siguiente ejecutada la sentencia.

Los condenados pasaron su último día con sus familias ó sus amigos. Maximiliano escribió al papa pidiéndole perdón por las penas que había podido causarle y protestando que moría en el seno de la iglesia católica; recomendó á su familia que protegiera á la viuda é hijos de Miramón; dirigió frases de gratitud á sus defensores y al capitán Pierron, que había sido su secretario, é hizo á Juárez una suprema exhortación: «Haced que mi sangre sea la última que se derrame, y consagrad la perseverancia con que habéis defendido la causa que ha triunfado, perseverancia que reconocí y admiré siempre en medio de mi prosperidad, á la tarea más noble aún de reconciliar los ánimos y de establecer la paz en este infortunado país». Rogó á Escobedo, por conducto del barón Magnus, que se escogieran buenos tiradores y que se les recomendara que no le desfiguraran el rostro y que le mataran á la primera descarga, porque sería un espectáculo poco conveniente para una multitud, ver á un emperador retorcerse en el suelo con las convulsiones de la agonía. Manifestó en seguida deseos de ver al Gral. Escobedo para despedirse de él, y mientras llegaba, se durmió. A las once se le despertó para que recibiera al general, quien, después de la entrevista, se retiró muy emocionado, llevando un retrato en que Maximiliano había escrito: «Al Gral. Don Mariano Escobedo.—Maximiliano».

El general se dirigió luego á la celda de Mejía, á quien encontró enfermo y desesperado. No había olvidado que aquel infeliz le había salvado en otro tiempo la vida. Desde el día en que había caído prisionero le había visto varias veces y le había ofrecido interponer su influencia con el gobierno y su prestigio en el ejército para obtener su libertad. Mejía había siempre contestado que sólo aceptaría esos ofrecimientos si Maximiliano y Miramón se salvaban también; y como Escobedo dijera: «Eso es imposible», el heroico indio había exclamado estoicamente: «Que me fusilen con S. M.». Escobedo fué, pues, ya no á ofrecerle la vida, sino á prometerle que se encar-

garía de su viuda y de su familia, porque Mejía, recientemente casado, acababa de tener un hijo, al cual no le dejaba más que veintiocho vacas y un *jacal* en la sierra (1).

Maximiliano, que se había vuelto á dormir, despertó á las tres y media de la mañana y se vistió con esmero. Se puso un pantalón y un chaleco negros, un sobretodo de color obscuro y un sombrero de fieltro, que con dificultad se le consiguió en esos momentos. A las cinco, el Padre Soria, que le había dado el viático, llegó para celebrar el sacrificio de la misa en la celda. En seguida, Maximiliano se desayunó, tomando pollo, vino y una taza de café, é hizo después algunos encargos al Dr. Basch, recomendándole especialmente que entregara á su madre un escapulario que llevaba en el bolsillo del chaleco.

La ejecución se había fijado para las siete de la mañana. Escobedo la adelantó con el objeto de evitar manifestaciones populares. A las seis en punto se presentó un oficial. Maximiliano salió de su celda, y con esa grandeza sencilla y esa serena intrepidez que conservó hasta el último momento, dijo:—«Estoy listo» Después fué á las celdas de sus compañeros:—«¿Estáis ya listos, señores? Yo ya lo estoy». Y les dió un abrazo. Maximiliano subió primero, en un simón que fué rodeado por una escolta de infantería y caballería. Su doméstico húngaro y el Padre Soria tomaron asiento á su lado. Miramón y Mejía iban detrás, en otros coches, con sus confesores. Había sido preciso arrancar á la esposa de Mejía de los brazos de su marido, y no pudo impedirse que siguiera el carruaje, con su hijo en los brazos, lanzando gritos desgarradores.

Todas las tropas de la guarnición formaban valla para detener á la inmensa y silenciosa multitud. Un sol radioso iluminaba las calles invitando á vivir, mientras doblaban lúgubremente todas las campanas de las iglesias. Cuando pasaban los coches en que iban los condenados, muchos espectadores respetuosamente se descubrían, y las mujeres lloraban, sobre todo ante el espectáculo que daba la desdichada esposa de Mejía. Cuando el cortejo hubo llegado al cuadro de cuatro mil hombres que rodeaba el lugar en que la ejecución iba á verificarse,

1 En efecto, más tarde, Escobedo envió algún socorro á la viuda de Mejía; pero la noble mujer rechazó toda asistencia de los matadores de su marido y dijo que, siendo joven y fuerte, trabajaría para mantener á su hijo.—NOTA DEL AUTOR.

el emperador abrió la portezuela y saltó á tierra. El Padre Soria se sintió desfallecer: Maximiliano tomó su pomo de sales y se lo acercó á la nariz para reanimarle. Después, dirigiendo una mirada escudriñadora hacia la compacta multitud, preguntó si no se encontraba ahí ninguno de sus amigos. Se le contestó que estaba presente el barón Magnus, pero que no podía verle.

Se le colocó en el centro, teniendo á Miramón á la derecha y á Mejía á la izquierda; pero él se volvió hacia Miramón y le dijo:—«Un valiente debe ser admirado hasta por los monarcas; permítame usted que le ceda el lugar de honor», y colocándole en el centro, se puso á su derecha.

Tres pelotones de ejecución, compuestos cada uno de siete hombres, se formaron frente á los condenados, á un metro de distancia. El oficial encargado de dar la orden de disparar, se acercó al emperador y le suplicó que le perdonara.—«Joven, contestó Maximiliano, agradezco á usted su deferencia y su compasión, pero los soldados tienen que obedecer». En seguida se acercó á su vez á los hombres del pelotón que tenía delante, le dió á cada uno una onza de oro y les dijo:—«¡Muchachos, apunten bien!» y les señaló su corazón. Después volvió á su lugar y dijo con voz firme y clara:—«Voy á morir por una causa justa: la de la independencia y libertad de México. ¡Que mi sangre selle las desgracias de mi nueva patria! ¡Viva México!». Se quitó el sombrero, lo entregó á su criado para que lo entregase á su madre, se enjugó la frente con el pañuelo, dirigió una sonrisa á un grupo de hombres y mujeres que sollozaban, y echando hacia atrás su larga barba rubia, se quedó mirando de frente á los que iban á quitarle la vida.

Miramón leyó un discurso que terminaba con el mismo grito de ¡Viva México! Mejía dejó caer sobre su pecho el crucifijo que tenía en la mano; los soldados apuntaron al pecho de las víctimas; los oficiales levantaron sus espadas, y estalló la descarga.

Maximiliano cayó del lado derecho, murmurando: ¡Hombre! ¡hombre! Todas las balas le habían herido mortalmente, pero como diera todavía señales de vida, el oficial colocó boca arriba el cuerpo del archiduque, señalando su corazón con la punta de la espada. Un soldado se adelantó y le dió ahí el tiro de gracia. Entretanto, seguían tocando á muerto las campanas.

Fué respetada la majestad de la muerte: el cadáver de Maximiliano no fué objeto de ninguna profanación; fué embalsamado, mal primeramente, por el Dr. Licea, el mismo que había entregado á Miramón, y después trasladado á México, en donde se hizo la operación en mejores condiciones.

El historiador César Cantú, prohiendo diceses de periódicos mal informados, ha acusado á Juárez de haber vendido al emperador de Austria el cadáver de su desventurado hermano. Esa es una calumnia. El cadáver de Maximiliano, era reclamado por cuatro personas: el Dr. Basch, el ministro de Prusia, el de Austria y el almirante Tegethoff; en presencia de este conflicto de peticiones, el gobierno mexicano resolvió no entregar el cadáver sino á la persona que presentara un documento oficial del gobierno austriaco ó una solicitud auténtica de la familia del archiduque; y como Beust, canceller del imperio, certificara, en una nota fechada en 22 de septiembre de 1867, que el almirante Tegethoff, estaba encargado por la familia de reclamar el cuerpo de Maximiliano, Lerdo hizo saber al almirante que se le entregaría inmediatamente. Después del segundo embalsamamiento, ese cuerpo había sido objeto de los más respetuosos cuidados: se le había vestido de negro y recostado sobre almohadones de terciopelo, dentro de un féretro de madera de rosa, primorosamente tallado y que contenía otra caja de zinc; y fué así como le fué entregado á Tegethoff.

XIV

Ninguna ejecución siguió en Querétaro á la de Maximiliano. Fué ahí su sangre la última que se derramó. Sin embargo, siguieron siendo tratados con rigor sus compañeros de lucha. Todos los oficiales fueron condenados arbitrariamente, sin forma de proceso: los coroneles á seis años de prisión, los tenientes-coroneles á cinco, los mayores á cuatro, los capitanes y tenientes extranjeros á dos; los tenientes mexicanos fueron puestos en libertad, pero sujetos á vigilancia durante un año. Algunos oficiales, á quienes se hacían cargos especiales, fueron degradados y llevados ante una corte marcial, así como el mi-

nistro García Aguirre, el prefecto Domínguez y el secretario Blasio. Morelia fué la ciudad escogida para que los oficiales condenados á cautiverio extinguieran su condena. Muchos, debilitados por sus heridas, marchaban á pie hacia allá, bajo los rayos del sol tropical, agobiados por los fardos que cargaban, con los pies ensangrentados, pidiendo á gritos que se les fusilara; pero compadecidos los habitantes de las poblaciones por donde pasaban, les suministraron víveres y caballerías para que pudieran llegar con vida á su triste destino. Los oficiales franceses fueron enviados á Zacatecas, confundidos en la cárcel con los criminales y encadenados. Como protestaran enérgicamente contra tal tratamiento, fueron trasladados á un convento y se les quitaron las cadenas; pero el gobierno no les daba sueldo ni alimentos, y habrían muerto de hambre si no les hubieran socorrido los negociantes franceses de la ciudad.

Para la completa pacificación del país, faltaba sólo la rendición de México. No se hizo esperar. Márquez había continuado la defensa á fuerza de mentiras, de exacciones y de terror. Llevó la desvergüenza hasta el cinismo. Habiendo llegado á la capital el Gral. Arellano, que había logrado escapar-se de Querétaro, y confirmado las noticias que se tenían ya de la caída de esa plaza y de la cautividad de Maximiliano, Márquez ordenó que repicaran las campanas, que tocaran las banderas militares y que se fijaran en las paredes carteles en que se anunciaba que Arellano había llevado la grata noticia de que el ejército imperialista iba á socorrer á México y llegaría muy pronto. Hubo iluminaciones, y se tiraron cohetes, á pesar de que, siendo ya hermético el cerco, el hambre hacía tales estragos que había infelices que caían muertos en las calles, quedando abandonados sus cadáveres.

Porfirio Díaz habría podido poner fin á esa lúgubre farsa, asaltando la ciudad; pero eso habría equivalido á entregarla al pillaje y á violencias sin cuento. Asumiendo ya la noble actitud pacificadora que había de ser la mayor de sus glorias, no quiso someter á la capital, en donde iba á instalarse de nuevo la república, á tamaños horrores, y ni consejos, ni ruegos, ni amenazas, ni reproches de traición, lograron disuadirle de su resolución magnánima, y el desenlace que deseaba se produjo al fin.

El 18 de junio, los austriacos, informados por una carta no

interceptada, de la verdad de los acontecimientos que se desarrollaban en Querétaro, se negaron á obedecer á Márquez, y el comandante de la contra-guerrilla francesa siguió su ejemplo. El Gral. O'Horán, gobernador de la plaza, se puso en comunicación con Díaz y exigió que Márquez presidiera un consejo de guerra que debía celebrarse el 19. Márquez reunió el consejo y le envió una carta así concebida: «Como está probado que el emperador está preso, el infrascrito cesa de ser lugarteniente del imperio». Y desapareció, y no se volvió á saber de él (1).

Porfirio Díaz no admitió una capitulación: exigió que á discreción se entregara la ciudad (20 de junio), y el 21 al amanecer entró en ella á la cabeza de la primera división del ejército. Oyéronse á su paso algunos vivas; pero él, refrenando su caballo y dirigiéndose á los que le aclamaban, les dijo:—«Doy á ustedes las gracias, pero les ruego que guarden silencio. Un grito de aprobación puede hacer que resuenen otros de protesta, y es preferible que nuestra victoria no suscite manifestaciones de rencor». Carros cargados de pan seguían á la columna. Juan José Baz, gobernador de México, secundó con inteligencia y abnegación las filantrópicas miras de Díaz. Las tropas, entrando por destacamentos, conservaron un orden perfecto, y se proveyó á sus necesidades por medio de un empréstito voluntario.

Las órdenes rigurosas llegaron de San Luis Potosí. Todos los que, con el carácter de notables, habían votado por el imperio, y todos los que le habían servido, debían presentarse antes que transcurrieran 24 horas, so pena de ser fusilados sin proceso; los habitantes de la ciudad estaban obligados á dejar que sus casas fueran registradas, debiendo sufrir de seis meses á dos años de prisión aquéllos que ocultaran á algún delincuente, á menos que éste fuese padre, hermano, hijo ó esposo de la persona que le ocultara. Díaz suavizó estas órdenes ampliando el plazo conminatorio; pero no pudo evitar dos ejecuciones: la de Vidaurri y la de O'Horán, que habían sido sorprendidos en sus respectivos escondites.

Porfirio Díaz y Vicente Riva Palacio, que había dejado de ser general y vuelto á ser periodista, aconsejaban á Juárez una

1 Más tarde se supo que se había refugiado en La Habana, de donde regresó á México después de la pacificación general.—NOTA DEL AUTOR.

amnistía plenaria; Lerdo preconizaba las medidas severas. El 15 de julio, el presidente entró á México, y se supo dos días después que no concedía un perdón general, pero que las penas sí serían menos duras. No se fusiló más: se dictaron sentencias de dos á quince años de prisión. Hubo alguna incertidumbre acerca de la suerte que esperaba á Dano, ministro de Francia. Juárez callaba á ese respecto, y se le atribuía la intención de conservarle en rehenes para canjearle por Almonte, que se encontraba en París. Pero los americanos se propusieron salvarle: su ministro Otterbourg instó á Juárez para que le pusiera en libertad, y el almirante Palmer, enviado á Veracruz con una fragata, llegó á inquirir lo que Juárez había resuelto. Juárez comprendió lo que aquello significaba y dió á Dano su pasaporte, lo mismo que á los ministros de Bélgica y de Italia, proporcionándoles una escolta hasta el momento en que se embarcaron.

El 17 de agosto, se convocó á elecciones de diputados, de presidente y de miembros de la Suprema Corte, y se consultó al pueblo acerca de reformas constitucionales que creaban el Senado y conferían al presidente el derecho de veto. No podía votar ni ser votado quienquiera que hubiese servido al imperio.

El 8 de octubre, Juárez fué reelecto y tomó posesión de la presidencia de la república el 1° de diciembre, teniendo á Lerdo de Tejada como presidente de la Suprema Corte de Justicia. El orden republicano quedaba así restablecido, quedando de la aventura imperialista sólo dos restos: una infeliz princesa envuelta en las sombras de la locura y un miserable cuerpo acribillado á balazos y devuelto así á su patria, de donde había salido radiante de juventud. Jamás un atentado contra el principio de las nacionalidades, ha sido tan pronta ni tan terriblemente castigado (1).

1. Juárez murió cuatro años después. Bajo su gobierno justo y vigoroso, México prosperó lenta y seguramente, y cuando rindió cuenta al país de su labor administrativa, en octubre de 1870, fué electo presidente por tercera vez; pero, muy afectado por la muerte de su esposa, murió en 18 de julio de 1872, siendo reemplazado por su amigo Lerdo de Tejada. Hoy México está muy tranquilo y prospera bajo la presidencia siempre renovada de Porfirio Díaz.—NOTA DEL AUTOR.